

La epopeya de la clausura

Teólogo del sueño

Christopher Domínguez Michael

El alma romántica y el sueño. Ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa (1937), de Albert Béguin, es, según el testimonio de sus lectores conmovidos, la gran obra crítica escrita en francés durante el siglo XX. Y dado que la crítica moderna apenas acaba de cumplir dos siglos, inventada por una escritora desterrada en Suiza, Madame de Staël, y considerando que la idea de “literatura” es creación del genio francés, puede concluirse que *El alma romántica y el sueño* es uno de los libros esenciales en la historia entera de la crítica.

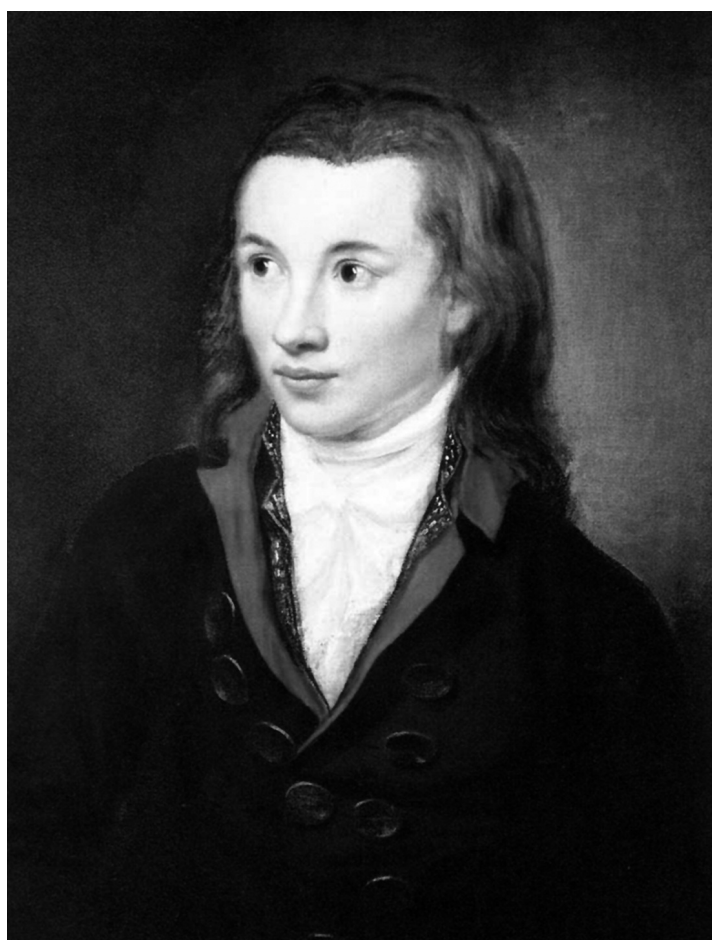
Es una obra erudita, escrita por un hombre que decidió, a los veinte años, hacerse de una cultura literaria alemana que le per-

mitió ser, privilegio de suizo, germanista en Ginebra y catedrático de lengua francesa en Basilea. Examinado con lupa su saber sobre el romanticismo alemán, si en algo falló —resume René Wellek— fue por exceso de credulidad. Espíritu religioso, “demasiado católico” al final cuando se convirtió en director, en 1950, de la revista *Esprit*, a Béguin lo perdía el desconocimiento de la ironía. Se tomaba demasiado en serio, dicen, a los filósofos románticos de la naturaleza, creyendo dialécticas a sus acrobacias en la tela de una araña.

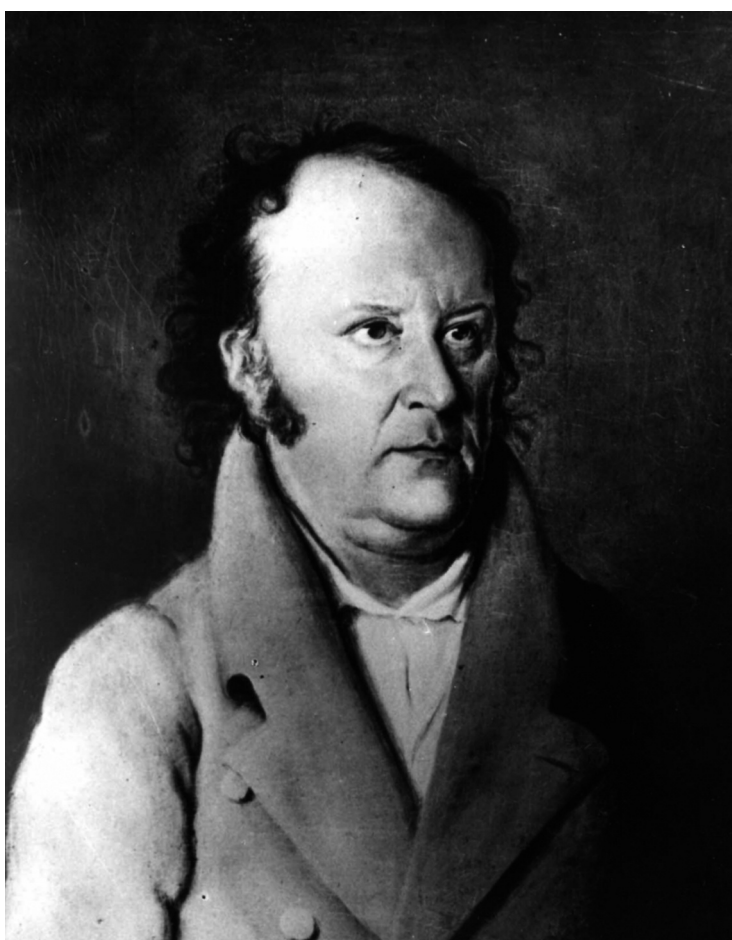
Basada en la lectura minuciosa de escritores aún hoy mal conocidos fuera del ámbito alemán (los Brentano, von Arnim,

Tieck, Moritz), *El alma romántica y el sueño* tiene, como pocos libros de crítica, el aliento de las obras de la imaginación poética. Los capítulos dedicados a Jean Paul Richter, a Novalis, a E. T. A Hoffmann son, a la vez odas y novelas góticas, un tipo muy original de teología literaria.

El efecto Béguin no sólo se produce gracias al amor erudito y al entusiasmo religioso que Béguin, protestante del Jura converso al catolicismo, exuda. Hay otras causas que Georges Poulet, el tercero en la dinastía de los críticos de la Escuela de Ginebra, examina y enumera en *La conciencia crítica* (1971). Una de ellas es que el cristianismo de Béguin es de los menos es-



Novalis



Jean Paul Richter



E.T.A. Hoffmann

trictos, es libérrimo, molinista en su docta ignorancia de la insuficiencia de la criatura frente a su creador. Es decir, nada hay en Béguin del horror jansenista ante la caída del hombre. Una de las ofertas contenidas en *El alma romántica y el sueño* (traducida al español, por el FCE, desde 1954) es que todos somos bienvenidos al mundo pues el sueño cura del pecado original, lo lava. Estamos, gracias a las ensoñaciones de los visionarios románticos, siempre en la víspera de que un día nocturno y una noche diurna nos abrace y nos reconcilie, como quería Béguin citando a Schelling.

Habitable, si es que un castillo encantado puede serlo, *El alma romántica y el sueño* sería un portento de hospitalidad aunque sólo fuera una obra de filología alemana. Pero es más: un libro escrito al calor del surrealismo, que estudiado a la distancia por Béguin resulta ser el horno capaz de poner a punto al pan del romanticismo alemán. De uno a otro lado del Rhin, de Alemania a los primeros románticos franceses (Sénancour, Nodier, Guérin), la cartografía establecida por Béguin (y antes, por su maes-

tro Marcel Raymond, en *De Baudelaire al surrealismo*) sigue vigente como la historia esencial de la poesía moderna. Distinguió polémicamente Béguin a los franceses de los alemanes: los primeros, ocupados por el ser de las cosas, ponen escasa atención en el devenir del mundo. Por ello el espíritu germánico, concluirá, usa cotidianamente el prefijo *Ur*, obsesionado por el origen de las cosas.

La jerarquía compuesta por Nerval, Hugo y Baudelaire, completada por Rimbaud y Mallarmé (la única bestia negra de Béguin, el poeta de la no-presencia, el contra-creador), quedó establecida en *El alma romántica y el sueño*. El libro termina con Breton, habiendo empezado su diálogo con Freud, a quien asociaba Béguin al mecanicismo del siglo XVIII antes que al romanticismo. Pocos críticos tan contemporáneos como Béguin: nunca una erudición fue tan extraña a la pequeñez del anticuario. Si alguien quiere ser poeta, saber de dónde viene la poesía moderna y cómo puede someterse a su regla monástica, debe leer *El alma romántica y el sueño*.

Quiso Béguin, con toda conciencia, que su crítica fuese creación, obra de un crítico dotado, excepcionalmente, de una "identificación mágica" con los poetas, de los cuales se tornaba en intercesor. "Ningún crítico", dijo Poulet, "es tan apto como Béguin para retomar por su cuenta el pensamiento del otro; no es que se trate de él, como en Sainte-Beuve, de una aptitud particular para apropiarse de las ideas que se le proponen, sino al contrario porque a partir del momento en que el pensamiento de otro le parece la verdad, lo adopta con tal energía que el pensamiento de ese otro se convierte literalmente en una formulación anticipada de su propio pensamiento".

Albert Béguin (1901-1957) supo imposible trazar la frontera entre los sueños diurnos y los nocturnos, entre las ensoñaciones y las visiones. A la poesía le tocaba comprobar que, siendo ilusorio el verdadero valor del sueño, no lo es su esencia, esa certeza que tenemos al despertar: la de saber que venimos llegando de muy lejos. A seguir ese viaje al origen está dedicado *El alma romántica y el sueño*. **u**